Fragmento de la novela *Estocolmo*, 2a edición, editorial Deco Mc Pherson, Miami, 2019.

Un día, poco tiempo después de casada, María S decidió regalar a su marido con lo mejor de sus conocimientos culinarios. En las pocas semanas transcurridas había advertido que solía ser muy exigente con el servicio de mesa —«Porque en casa no éramos ricos, pero teníamos modales», repetía—, de modo que se esmeró para que todo quedara perfecto. Dispuso copas, cubiertos y platos como para una cena de lujo, encendió inciensos a una distancia prudencial, para que su aroma no entorpeciera el propio de la comida, y puso una música suave a un volumen que no molestara la conversación. Él se sentó, sonriente, abarcó la mesa con la mirada y comenzó a comer, sin ningún comentario. Comió con ganas, pero se mantuvo en silencio, sin siquiera un simple monosílabo de aprobación o rechazo, y todo el tiempo con los ojos clavados en lo que tenía enfrente.

Ella lo miraba, expectante, pero él parecía no verla.

Ya levantada la mesa, en vista de que no se producía el comentario esperado, favorable o negativo que fuera, María S preguntó, esbozando una sonrisa tímida:

«¿Qué te pareció todo?... No has dicho nada..., ¿acaso no te gustó...? ¿No estaba buena la comida?..., ¿la sazón?».

«Sí, la comida estuvo bien...», respondió él en voz demasiado baja para no portar algún sentido, y dejó la frase en suspenso.

¿Qué diría a continuación?, se preguntó ella durante los segundos que duró su silencio. Repasaba en la mente cada uno de los gestos del hombre e intentaba encontrarles significados. Él parecía muy interesado en inspeccionar el cuchillo de mesa que portaba en una mano, sin pronunciar sonido alguno, olvidado de su presencia.

¿Qué estaría pensando? ¿Qué iría a decirle?

Sintiendo que comenzaba a ganarla un punto de angustia, se atrevió a interrumpir el monólogo interior que acaso él sostenía.

«Pero no te gustó, ¿verdad? Lo noto en tu cara...».

Arriesgó un poco más, en busca de repuestas.

«Algo no me quedó bien, ¿verdad?... Dime: ¿No estaba bien montada la mesa? Yo traté de…».

«La mesa estaba bien..., bastante..., casi como la preparaba mi mamá...».

«Entonces..., ¿fue la comida...? ¿No te gustó la comida?, ¿estuvo mal?».

«No te voy a decir que estuvo mal, no…, estuvo buena, sí. Pero...».

«Pero..., ¿pero qué?... Dímelo, por favor, que me pones nerviosa».

«No veo por qué tienes que ponerte nerviosa…, lo que tienes que fijarte más, poner atención….».

«¿Fijarme en qué?».

«Yo pensaba que ya te habías dado cuenta..., que atendiste el día que te lo dije... Parece que voy a tener que repetirlo...».

«Repetirlo..., repetirlo…, pero, ¿qué cosa?».

«Pues qué va a ser..., lo que tenías que saber, porque ya te lo dije una vez..., tú bien sabes que no me gusta repetir…».

«Pero qué cosa… No entiendo de qué me hablas... Por favor…».

«¿¡Cómo que no entiendes!? Lo sabes muy bien, porque te lo dije..., ¡que yo no como pescado los miércoles!... ¿No te acuerdas…? Y hoy es miércoles, ¿no?, ¿o es que todavía no te enteraste? No imaginaba que fueras tan entretenida... Claro, sí lo sabías, que hoy es miércoles..., lo veo en tu cara... Pero pusiste pescado…, porque te dio la gana... ¿Lo hiciste por molestar, o qué?».

No respondió; tampoco sabía qué responder. Claro que sabía que era miércoles, ¿cómo no iba a saberlo, si él había colocado un gran calendario en la cocina, donde acostumbraba hacer anotaciones? También sabía que a él le gustaba el pescado de alta mar, pero estaba segura de que nunca habían conversado acerca de lo que le gustaba comer o no comer cada día, ni jamás se le hubiera ocurrido pensar que había días en que no se pudiera comer esto o lo otro.

Sobre todo, nunca hubiera imaginado que para él fuera tan terrible alterar ese orden.

«Y yo jamás en la vida hubiera deseado molestarte».

Callado y ahora observándola con detenimiento, El Ingeniero, a su vez, trataba de imaginar lo que ocurría en la cabeza de su mujer. Acaso adivinando, pues finalmente concedió:

«Está bien, voy a tragarme el cuento de que no quisiste molestarme, y que se te olvidó que hoy no era día de servir pescado, ni así fuera el mejor del mundo... Por cierto..., te quedó bastante bueno, te lo digo por si te interesa saberlo... No me quejo de eso, aunque yo lo he comido mejor... Mi mamá era mejor cocinera que tú, claro...; ella hacía bien cualquier cosa... Y me adivinaba los gustos... Eso sobre todo… Tú tienes que aprender a hacerlo también».

No dejaba de mirarla fijamente mientras hablaba, como comprobando el efecto de sus palabras en la expresión del rostro de María S, quien unas veces sonreía, otras, la mayoría, adoptaba una expresión culpable. Hizo una pequeña pausa, como para permitir que ella asimilara el valor de su última afirmación, y continuó:

«Me adivinaba, ¿entiendes?, porque siempre estaba pendiente de mí..., y yo quisiera que mi mujer hiciera lo mismo, que siempre esté pendiente de mí, que me atienda..., y no tener que estar todo el santo día repitiendo las cosas como si fuera un papagayo... ¿Entiendes…? Eso no es vida».

Ella no respondía, ni él pretendía que lo hiciera, pero asentía repetidamente con la cabeza y con todo el cuerpo.

«Claro, ya veo que contigo no puede ser igual...; contigo va a ser distinto y voy a tener que repetirte muchas veces las cosas para que entiendas.... Sí, veo que eres bastante lenta, no eres como ella… Muy lenta... Después de todo, qué se le va a hacer, si te hicieron así... Ni siquiera tienes la culpa... En fin..., vamos a ver qué puedo hacer contigo… Tienes mucho que aprender».

Volvió a callar, como para darle oportunidad de asimilar lo que oía. Ella bajó por un momento la mirada, avergonzada de ser como era. Él tenía razón, ella era lenta, no era capaz de seguir a un hombre de tanta chispa y tantos requisitos como él. Y ahora, ¿qué podía hacer, sino esperar a que él le perdonara la falta y la aceptara como era?

Esforzarse por ser mejor, desde luego. Eso debía hacer. Lo intentaría. Claro que sí. Sería la esposa que él había soñado, sería mejor que su mamá.

«Perdón...», se le escapó.

«Está bien, está bien, no se hable más del asunto», condescendió él. «Pero debes estar más atenta cuando te explico las cosas... A veces te quedas lela cuando uno te habla, después pasan estos problemas, porque yo pienso que entendiste lo que te dije..., y nada..., entonces vienen los disgustos. Uno no puede vivir con tantos disgustos… Mira, te voy a explicar bien cómo es el asunto de las comidas aquí en mi casa. Hay un día para cada cosa, igual que hay un lugar para cada cosa..., así es el asunto conmigo. Si tienes que escribir para que no se te olvide, escribe, pero que esto no vuelva a suceder más... No voy a estar molestándome todos los días a la hora de la comida… Eso no es vida».

«No va a suceder más..., te lo juro», se apresuró a afirmar ella.

Y no iba a escribir nada, prometió, ni iba a tener que hacerlo…; escucharía con atención y lo guardaría todo muy bien en su cabeza. No olvidaría nada. Podía estar seguro de que jamás olvidaría nada que él le dijera.

Le iba a demostrar que no era tan tonta como él suponía.

Eso no lo expresó, lo formuló para ella.

Le tomó su tiempo, pero algún fruto obtuvo de su esfuerzo. Al menos, logró que nunca más protestara por tener delante una comida que no fuera la correspondiente a ese momento. Y que en ocasiones hasta expresara algún elogio.

Eso no ocurría todos los días, desde luego, pero ocurría.

Y la hacía sentirse muy feliz.

Disponible en: <https://www.amazon.com/Estocolmo-Spanish-Rodolfo-Alp%C3%ADzar-Castillo-ebook/dp/B07YYH6CDV>